

Júzguese cuál sería su gozo y su solicitud en obedecer.

Ambos fueron introducidos sin dilación á la presencia de la reina.

CAPÍTULO XXII.

REY NO PUEDO, PRÍNCIPE NO QUIERO, PUES ROHÁN

ME QUEDO.

La reina parecía aguardar con impaciencia; pues así que percibió á los joyeros exclamó vivamente :

— ¡ Ah ! aquí tenemos á M. Bossange ; habéis buscado refuerzo, Bøhmer ; ¡ tanto mejor ! Bøhmer no tenía nada que decir, pero pensaba mucho. Lo mejor que en semejante caso hay que hacer, es proceder por medio de la acción : Bøhmer se arrojó á los pies de María Antonieta.

Su acción era expresiva.

Bossange le imitó como socio.

— Señores, dijo la reina, ahora estoy sosegada, y no volveré á irritarme. Además, me ha ocurrido una idea que modifica mis resentimientos respecto á vosotros. No cabe duda que en este negocio vosotros y yo somos juguete de algún misterio... que ya no es misterio para mí.

— ¡ Ah, señora ! exclamó Bœhmer entusiasmado por estas palabras de la reina : ¿ conque vos no sospecháis ya que nosotros... hayamos hecho... ¡ Oh ! qué dura es la palabra falsificación !

— Os ruego creáis que es tan dura para mí el oírlo como para vos el pronunciarla, dijo la reina ; yo no sospecho ya de vosotros, no.

— Entonces, ¿ V. M. sospecha de alguno ?

— Responded á mis preguntas. ¿ Decís que no tenéis los diamantes ?

— No los tenemos, respondieron á un tiempo los dos joyeros.

— Poco importa saber á quién los había entregado yo para devolvéroslos ; esto es cosa mía. ¿ Por ventura no habéis visto... á la condesa de La Motte ?

— Perdonad, señora ; la hemos visto...

— ¿ Y no os ha dado nada... de mi parte ?

— No, señora ; la condesa nos ha dicho solamente : Aguardad.

— Pero esa carta mía, ¿ quién os la ha entregado ?

— ¿ Esta carta ?.. repitió Bœhmer : la que V. M. ha tenido en sus manos, nos la ha traído á casa un mensajero por la noche.

Y mostraba la carta falsa.

— ¡ Ah, ah ! exclamó la reina. Bien ; ya veis que la carta no proviene directamente de mí.

La reina llamó y se presentó un lacayo.

— Que llamen á la condesa de La Motte, dijo tranquilamente.

— ¿ Y no habéis visto á nadie ? ¿ no habéis visto á M. de Rohán ? prosiguió con la misma calma.

— Á M. de Rohán, sí, señora ; fué á visitarnos é informarse...

— ¡ Muy bien ! replicó la reina ; no vayamos más lejos ; puesto que el cardenal de Rohán anda aún mezclado en este negocio, haríais mal en desesperaros. Ya adivino : madama de La Motte, al decirnos : *Aguardad*, habrá querido... pero no adivino, ni quiero adivinar nada... Id solamente á ver al señor cardenal, y referidle lo que acabáis de decirme ; no perdáis tiempo, y añadid que yo lo sé todo.

Los joyeros, reanimados por este débil rayo de esperanza, cambiaron entre sí una mirada muy espantada.

Solo Bossange, que quería hablar á su vez, se aventuró á decir muy bajito :

— Que entretanto la reina tenía en su poder un recibo falso, y que la falsificación era un crimen.

María Antonieta frunció el entrecejo y dijo :

— Es verdad que si no habéis recibido el collar, este escrito constituye una falsificación. Pero para probarla, es indispensable que yo os carée con la persona á quien encargué os entregase los diamantes.

— ¡ Cuando quiera V. M. ! exclamó Bossange ; nosotros los mercaderes honrados no tememos la luz.

— Entonces, id á buscar la luz cerca del señor cardenal, que es el único que puede ilustraros en todo esto.

— ¿ Y nos permitirá V. M. que le traigamos la respuesta ? preguntó Bœhmer.

— Seré instruída antes que vosotros, dijo la reina, y yo soy quien os sacaré del apuro. Id.

Los despidió, y cuando marcharon, dando rienda suelta á su inquietud, envió correo tras de correo en busca de madama de La Motte.

No la seguiremos en sus pesquisas y sospechas; al contrario, la dejaremos, para correr mejor con los joyeros en busca de aquella verdad tan ansiada.

El cardenal estaba en su casa leyendo con indecible rabia un billetito que madama de La Motte acababa de enviarle de Versalles, según ella decía. El billeté era cruel: quitaba toda esperanza al cardenal, le intimaba que no volviese á pensar en nada; le prohibía que se presentase familiarmente en Versalles; y apelaba á su lealtad para no anudar unas relaciones *que se habían hecho imposibles*.

El príncipe brincaba al leer y releer estas palabras; las delectaba una por una, y parecía pedir cuenta al papel de las durezas que una mano cruel estampaba en él.

— ¡Coqueta, caprichosa, pérfida! exclamaba en su desesperación. ¡Oh, yo me vengaré!

Y entonces acumulaba las pobreza que alivian los corazones débiles en sus dolores de amor, pero que no los curan del mismo amor.

— He aquí que me escribe cuatro letras, decía, á cual más injusta y tiránica. ¡Me ha tomado por capricho! Esta es una humillación que no le perdonaría, si no me sacrificase á un capricho nuevo.

Y el infeliz engañado releía con el fervor de la esperanza todas las cartas apuntaladas en su rigor con un arco de proporciones implacables.

La última era una obra maestra de barbarie que atravesaba el corazón del pobre cardenal, y sin embargo amaba con tal ceguera, que, por espíritu de contradicción, se deleitaba en leer y releer aquellas frías crueldades traídas de Versalles, según madama de La Motte.

En este momento se presentaron en su hotel los joyeros.

El cardenal quedó muy sorprendido de ver su obstinación en forzar la consigna, y por tres veces despidió severamente á su ayuda de cámara, el cual volvió otra vez á la carga diciendo que Bøhmer y Bossange habían declarado que no querían retirarse á no arrojarlos por fuerza.

— ¿Qué significa eso? pensó el cardenal. Mandadles que entren.

Entraron en efecto, y el trastorno de su cara manifestaba el duro combate que habían tenido que sostener física y moralmente. Si en uno de estos combates habían quedado triunfantes, los desdichados habían sido derrotados en otro. Nunca cerebros más desconcertados habían sido llamados á funcionar en presencia de un príncipe de la Iglesia.

— Primeramente, gritó el cardenal al verlos, ¿qué significa esa brutalidad, señores joyeros? ¿por ventura se os debe aquí alguna cosa?

El tono de este prefacio dejó helados á los joyeros.

— ¡Si volveremos á las escenas de allá abajo! dijo Bøhmer á su socio mirándole con el rabo del ojo.

— ¡Oh, no, no! respondió este último ajustando su peluca con ademán muy belicoso. Por lo que á mí toca, estoy resuelto á todos los ataques.

Y dió un paso casi amenazador, mientras que Bøhmer, más prudente, se quedaba detrás.

El cardenal los creyó locos y se lo dijo sin rodeos.

— ¡Monseñor! exclamó el desesperado Bøhmer intercalando un suspiro en cada sílaba; ¡justicia, misericordia! no excitéis nuestra rabia, forzándonos á faltar al respeto al más grande y más ilustre príncipe.

— Señores, ó no estáis locos, y en ese caso no se os arrojará por las ventanas, dijo el cardenal, ó lo estáis, y entonces se os plantará simplemente á la puerta. Así, elegid.

— ¡Monseñor, no estamos locos! ¡lo que estamos es robados!

— ¿Y qué tengo yo que ver en eso? replicó el cardenal. Yo no soy el subdelegado de policía.

— Pero habéis tenido el collar en vuestro poder, monseñor, dijo Bøhmer sollozando, é iréis á deponer en justicia. Monseñor, iréis.

— ¿He tenido el collar?.. repitió el príncipe. ¿Conque han robado ese collar?

— Sí, monseñor.

— Y bien; ¿qué dice la reina? exclamó el cardenal con un tono de interés.

— La reina nos ha enviado á vos, monseñor.

— S. M. es muy amable; pero ¿qué puedo yo hacer en eso, pobres hombres?

— Vos lo podéis todo, monseñor; podéis decir lo que han hecho de él.

— ¿Yo?

— Sin duda.

— Querido Bøhmer, podríais dirigirme semejante lenguaje, si yo fuese de la banda de los ladrones que han robado el collar á la reina.

— No ha sido á la reina á quien han robado el collar.

— Entonces ¿á quién?.. ¡Dios mío!

— La reina niega haberlo tenido en su poder.

— ¡Cómo! ¿Lo niega la reina, dijo el cardenal con perplejidad, y tenéis un recibo suyo?

— La reina dice que el recibo es falso.

— ¡Quitad allá! exclamó el cardenal, veo que perdéis la cabeza, señores.

— ¿No es verdad? dijo Bøhmer á Bossange, el cual respondió con una triple afirmativa.

— La reina lo ha negado, dijo el cardenal, porque había alguno en su cámara cuando le hablasteis.

— Nadie, monseñor; pero no es eso sólo.

— Pues, ¿qué hay más?

— No sólo ha negado la reina, no sólo ha pretendido que el reconocimiento es falso, sino que nos ha mostrado un recibo nuestro que prueba que nosotros hemos recogido el collar.

— ¡Un recibo vuestro! repitió el cardenal. ¿Y ese recibo?..

— Es un falso documento como el otro; vos lo sabéis bien, señor cardenal.

— ¿Falso... dos documentos falsos?.. ¿Y deéis que yo lo sé bien?

— Seguramente, puesto que habéis ido á confirmarnos en lo que nos había dicho madama de La Motte; porque vos sabfais bien que habíamos vendido el collar y que estaba en poder de la reina.

— ¡Vamos, vamos! dijo el cardenal pasándose una mano por la frente. Me parece que esas son cosas muy graves. Hablemos acordes; he aquí mis operaciones con vosotros.

— Bien, monseñor.

— Primeramente, compra hecha por mí por cuenta de S. M. de un collar, del que os he pagado doscientas mil libras.

— Es verdad, monseñor.

— Luego, venta firmada directamente por la reina, á lo

menos así me lo habéis dicho, á los plazos fijados por ella y bajo la responsabilidad de su firma.

— ¡De su firma!.. Decís que es la firma de la reina, ¿no es verdad, monseñor?

— Mostrádmela.

— Vedla aquí.

Los joyeros sacaron el billete de su cartera, y el cardenal lo recorrió con la vista.

— ¡Calla! exclamó. ¡Pero sois unos niños!.. *María Antonieta de Francia*... ¿Acaso la reina no es una hija de la casa de Austria? ¡Os han robado! Letra y firma, todo es falso.

— Pero entonces ¿madama de La Motte debe conocer al falsario y al ladrón? exclamaron los joyeros en el colmo de la desesperación.

La verdad de esta aserción sorprendió al cardenal.

— Llamemos á madama de La Motte, dijo muy turbado, y tiró del cordón de la campanilla como había hecho la reina.

Sus criados se lanzaron en seguimiento de Juana, cuya carroza no podía estar aun muy lejos.

Entretanto Bøhmer y Bossange agazapándose como unas liebres en su cama, en las promesas de la reina, repetían:

— ¿Dónde está el collar, dónde está el collar?

— ¡Me vais á dejar sordo! dijo el cardenal con enfado. ¿Sé yo por ventura dónde está vuestro collar? Yo le he entregado por mis manos á la reina, y eso es lo único que sé.

— ¡El collar! Si no se nos paga, venga el collar! repetían los dos socios.

— Señores, eso no es cosa que me concierne, replicó el cardenal fuera de sí y dispuesto á plantar á la puerta á sus dos acreedores.

— ¡Madama de La Motte, la señora condesa es quien nos ha perdido! gritaron Bøhmer y Bossange, roncos á fuerza de desesperarse.

— Madama de La Motte es de una probidad de que os prohibo sospechar so pena de ser enrodados en mi hotel.

— ¡En fin, en esto hay un culpable! dijo Bøhmer con tono lastimoso. ¡Los dos escritos falsos han sido hechos por alguno!

— ¿Acaso por mí? dijo M. de Rohán con altivez.

— Monseñor, nosotros no queremos decir eso, de seguro.

— Pues bien ¿entonces?..

— En fin, monseñor, ¡una explicación, en nombre del cielo!

— Aguardad que yo mismo la tenga.

— Pero, monseñor, ¿qué hemos de responder á la reina? porque S. M. grita mucho contra nosotros.

— ¿Y qué dice?

— Dice que no es ella quien tiene el collar, sino vos ó madama de La Motte.

— Pues bien, dijo el cardenal, pálido de vergüenza y de cólera; id á decir á la reina... No, no le digáis nada, pues basta ya de escándalo. Pero... mañana, ¿lo oís? oficio en la capilla de Versalles; id y me veréis acercarme á la reina, hablarle, preguntarle si no tiene en su poder el collar, y oiréis lo que ella me responda; si en mi presencia niega... entonces, señores, ¡yo soy Rohán y pagaré!

Y pronunciadas estas palabras con una grandeza de que no puede dar una idea la simple cosa, el príncipe despidió á los dos socios, quienes se retiraron á reculones tocándose el codo.

— Conque hasta mañana, ¿no es verdad, monseñor? balbuceó Bœhmer.

— Hasta mañana á las once, en la capilla de Versalles, respondió el cardenal.

CAPÍTULO XXIII.

ESGRIMA Y DIPLOMACIA.

El día siguiente á cosa de las diez entraba en Versalles un coche con las armas de M. de Breteuil.

Aquellos de nuestros lectores que recuerden la historia de Bálamo y de Gilberto, no habrán olvidado que M. de Breteuil, rival y enemigo personal de M. de Rohán espiaba hacia largo tiempo todas las ocasiones de descargar un golpe mortal á su enemigo.

En esto la diplomacia lleva tanto mayor ventaja á la esgrima, cuanto que en esta última ciencia debe calcularse en un segundo una estocada certera ó no, mientras los diplomáticos tienen quince años, ó más si preciso es, para combinar el golpe que devuelven y hacerlo más mortal.

M. de Breteuil había pedido una hora antes una audiencia al rey, y halló á S. M. vistiéndose para asistir á misa.

— Hace un tiempo magnífico, dijo Luis XVI muy alegre, así que entró el diplomático en su gabinete; un verdadero tiempo de Asunción; mirad, ninguna nube empaña el cielo.

— Señor, siento en el alma traer una nube á vuestra tranquilidad, respondió el ministro.

— ¡ Bueno ! exclamó el rey nublando la cara, ¡ ya tenemos que principia mal el día ! ¿ qué es lo que hay ?

— Me siento, señor, en extremo embarazado para contaroslo, tanto más cuanto que, en primer lugar, no es asunto del ramo de mi ministerio; pues es una especie de robo, y esto es de la incumbencia del subdelegado de policía.

— ¡ Un robo ! dijo el rey. Vos sois guarda-sellos y los ladrones acaban siempre por tropezar con la justicia. Eso es del cargo del guarda-sellos, y vos lo sois; así hablad.

— Pues bien: señor, he aquí de qué se trata: ¿ Ha oído V. M. hablar de un collar de diamantes ?

— ¿ El de M. Bœhmer ?

— Sí, señor.

— ¿ El que la reina ha rehusado ?

— Precisamente.

— Repulsa que me ha valido un excelente navío el *Suffrén*, dijo el rey frotándose las manos.

— ¡ Y bien, señor ! dijo el barón de Breteuil, insensible á todo el daño que iba á hacer; ese collar ha sido robado.

— ¡ Ah, tanto peor, tanto peor ! repuso el rey. Era un collar caro; pero los diamantes son fáciles de reconocer; y como el separarlos sería perder el fruto del robo, los dejarán unidos, y la policía dará con su paradero.

— Señor, interrumpió el barón de Breteuil, este no es un robo ordinario; andan mezclados con él ciertos rumores.

— ¡ Ciertos rumores !.. ¿ qué queréis decir ?

— Señor, se pretende que la reina ha guardado el collar.

— ¿ Cómo es eso de guardado ? Lo ha rehusado en mi presencia, sin querer mirarlo siquiera. ¡ Esas son locuras, absurdos, barón ! La reina no ha guardado nunca el collar.

— Señor, no he empleado la expresión propia: los calumniadores son siempre tan ciegos respecto de los soberanos, que la expresión es demasiado ofensiva para los oídos reales. La palabra guardado...

— M. de Breteuil, dijo el rey sonriendo, supongo que no dicen que la reina ha robado el collar.

— Señor, respondió con viveza M. de Breteuil, dicen que la reina ha hecho por bajo cuerda el contrato que ella había anulado en vuestra presencia; dicen... no tengo necesidad de repetir á V. M. lo mucho que mi respeto y adhesión desprecian esas infames suposiciones; dicen que los joyeros tienen un recibo de S. M. la reina que acredita que guarda el collar.

El rey palideció.

— ¿ Dicen eso ? repitió el rey; pero ¿ qué no se dice ?... Mas al cabo, ¡ extraño mucho eso ! exclamó. Aun cuando la reina hubiese comprado el collar por bajo cuerda, yo no la vituperaría; pues la reina es mujer, y el collar era una joya rara y maravillosa. Á Dios gracias, la reina puede gastar un millón y medio en sus adornos, si ha querido. Yo la aprobaré; sólo en una cosa ha hecho mal, que es en haberme ocultado su deseo. Pero este no es negocio en que debe mezclarse el rey, sino el marido. El marido reñirá á su mujer, si quiere ó si puede; yo no reconozco en nadie el derecho de intervenir, ni aun con una maledicencia

El barón se inclinó ante estas palabras tan nobles y tan vigorosas del rey ; pero Luis XVI sólo tenía la apariencia de la firmeza, pues un momento después de haberse expresado así, volvió á quedar fluctuante é inquieto.

— Y además, dijo, ¿ qué habláis de robo ?.. ¿ Me parece que habéis dicho robo ?.. Si hubiese habido robo, el collar no estaría en poder de la reina. Seamos lógicos.

— V. M. me ha dejado helado con su cólera, y no he podido terminar, dijo el barón.

— ¡ Oh, con mi cólera !.. ¡ Yo encolerizado !.. En cuanto á eso, barón...

Y el bondadoso rey se echó á reir estrepitosamente.

— Vamos, proseguí y decídmelo todo ; hasta podéis decirme que la reina ha vendido el collar á algunos judíos. ¡ Pobre mujer ! á menudo se halla con necesidad de dinero, y yo no siempre se lo doy.

— Eso es lo que yo iba á tener el honor de decir á V. M. La reina había mandado pedir hace dos meses quinientas mil libras por M. de Calonne, y V. M. se ha negado á firmar.

— Verdad es.

— Pues bien ; señor, *dicen* que aquella suma era para hacer el primer pago de los plazos firmados en la compra del collar. Como la reina no tenía el dinero, no pagó.

— ¿ Y qué ? dijo el rey, interesado poco á poco, como acontece cuando á la duda sucede un comienzo de verosimilitud.

— Y bien, señor ; aquí principia la historia que mi celo me ordena confie á V. M.

— ¡ Cómo, decís que la historia principia allí !.. ¡ Dios mío ! pues ¿ qué es lo que hay ? exclamó el rey revelando su perplejidad al barón, el cual desde este momento llevó la ventaja.

— Señor, dicen que la reina se ha dirigido á alguno para tener dinero.

— ¿ Á quién ? Á un judío, ¿ no es verdad ?

— No, señor, no se ha dirigido á un judío.

— ¡ Dios mío ! me decís eso con un tono singular, Breteuil. ¡ Vamos, bien ! ya caigo ; una intriga-extranjera ; la reina ha pedido dinero á su hermano, á su familia : en ese negocio anda algo del Austria.

Sabido es lo muy susceptible que era el rey respecto de la corte de Viena.

— ¡ Más valdría que así fuese ! replicó M. de Breteuil.

— ¡ Cómo es eso de más valdría ! entonces, ¿ á quién ha podido pedir dinero la reina ?

— Señor, no me atrevo...

— Me sorprendéis, caballero, dijo el rey levantando la cabeza y volviendo á tomar el tono regio : Hablad inmediatamente, si tenéis á bien, y nombrad el que prestó el dinero.

— M. de Rohán, señor.

— ¡ Y bien ! ¿ no os avergonzáis de citarme á M. de Rohán, el hombre más arruinado del reino ?

— Señor... dijo M. de Breteuil bajando los ojos.

— Ese aire que tomáis me desagrada mucho, añadió el rey, y os vais á explicar en el acto, señor guarda-sellos.

— No, señor ; por cuanto hay en el mundo no me explicaré, porque nada de este mundo podría forzarme á dejar salir de mis labios una palabra capaz de comprometer el honor de mi rey y el de mi soberana.

El rey frunció el entrecejo y dijo :

— Muy abajo descendemos, M. de Breteuil ; ese informe está muy impregnado de los vapores de la sentina de donde emana.

— Señor, toda calumnia exhala miasmas mortíferos, y por eso mismo necesitan purificarse los reyes, y por grandes medios, si no quieren que su honor sea destruido por esas ponzoñas, aun estando sobre el trono.

— ¡M. de Rohán! murmuró el rey: pero ¿qué verosimilitud?... ¿Conque el cardenal deja decir?..

— Señor, V. M. se convencerá de que M. de Rohán ha andado en negociaciones con los joyeros Bøehmer y Bos-sange; de que el negocio de la venta ha sido arreglado por él, y que ha estipulado y aceptado varias condiciones de pago.

— ¡En verdad! exclamó el rey muy turbado de celos y de cólera.

— Es un hecho que quedará probado por el más simple interrogatorio. Yo me obligo á ello con V. M.

— ¿Decís que os obligáis á probarlo?

— Sin reserva, y bajo mi responsabilidad, señor.

El rey se puso á marchar á pasos violentos por su gabinete.

— ¡He aquí unas cosas terribles! repetía. Sí, pero en todo eso no veo todavía ese robo.

— Señor, los joyeros tienen un recibo firmado por la reina, según ellos dicen, y la reina debe tener ese collar.

— ¡Ah! exclamó el rey con una expresión de esperanza. ¡Ella niega! ¡Ya veis que ella niega, Breteuil!

— Pero, señor, ¿por ventura he dejado jamás creer á V. M. que yo no sabía la inocencia de la reina? ¿Tendría yo la indecible desgracia de que V. M. no viese todo el respeto, todo el amor que mi corazón abraza por la más pura de las mujeres?

— Entonces, ¿sólo acusáis á M. de Rohán?

— Pero, señor, las apariencias aconsejan..

— Grave acusación, barón.

— Que quizás se desvanecerá ante un sumario; pero el sumario es indispensable. Reflexionad, señor, que la reina asegura que no ha recibido el collar; que los joyeros pretenden haberlo vendido á la reina; que el collar no parece, y que se ha pronunciado en el pueblo la palabra *robo*, entre el nombre de M. de Rohán y el nombre sagrado de la reina.

— ¡Es verdad, es verdad! dijo el rey muy trastornado. Tenéis razón, Breteuil, es preciso que se aclare ese embrollo.

— Absolutamente, señor.

— ¡Dios mío! ¿qué es lo que ocurrè allá en la galería? ¿no es M. de Rohán que se dirige á la capilla?

— Todavía no, señor; M. de Rohán no puede dirigirse á la capilla, porque aun no son las once. Y además M. de Rohán, que oficia hoy, celebrará de pontifical. No es él quien pasa. V. M. puede disponer aun de media hora.

— Entonces ¿qué debo hacer? ¿hablarle, mandarle que se presente?

— No, señor; permítame V. M. que le dé un consejo: no propaléis este negocio antes de haber hablado con S. M. la reina.

— Sí, dijo el rey; ella me dirá la verdad.

— No lo dudemos un momento, señor.

— Vamos, barón, sentaos ahí, y decidme sin reserva ni rodeos todos los hechos y todos los comentarios.

— Lo tengo detallado todo en esta cartera, con las pruebas en su apoyo.

— Entonces manos á la obra; aguardad que mande ce-

rrar la puerta de mi gabinete. Tenía dos audiencias para esta mañana, pero las suspenderé.

El rey dió sus órdenes, y volviendo á sentarse, echó una última mirada por el balcón.

— Esta vez no cabe duda, dijo, es el cardenal, mirad.

Breteuil se levantó, aproximóse al balcón, y por detrás de la cortina percibió á M. de Rohán, que en hábitos de cardenal y arzobispo, se dirigía al aposento que le estaba designado siempre que iba á oficiar solemnemente en Versailles.

— En fin aquí le tenemos, dijo el rey levantándose.

— Tanto mejor, dijo M. de Breteuil; así la explicación no sufrirá ningún retardo.

Y principió á informar al rey con todo el celo de un hombre que desea perder á otro.

Un arte infernal había reunido en su cartera todo cuanto podía abrumar al cardenal. El rey veía amontonarse una sobre otra las pruebas de la culpabilidad de M. de Rohán, pero se desesperaba de no ver llegar bastante pronto las pruebas de la inocencia de la reina.

Hacia un cuarto de hora que sufría con impaciencia este suplicio, cuando de súbito resonaron gritos en la galería contigua.

El rey aplicó el oído, y Breteuil interrumpió su lectura.

Un oficial vino á llamar nuevamente á la puerta del gabinete.

— ¿Qué hay? preguntó el rey, que tenía todos los nervios atacados desde la revelación de M. de Breteuil.

Presentóse el oficial y dijo:

— Señor, S. M. la reina suplica á V. M. se digne pasar á su cuarto.

— ¡Tenemos otra novedad! dijo el rey palideciendo.

— Tal vez, repuso Breteuil.

— Voy al cuarto de la reina, exclamó el rey. Aguardadme aquí, señor de Breteuil.

— Bien está; tocamos ya el desenlace, murmuró el guarda-sellos.

CAPÍTULO XXIV.

CABALLERO, CARDENAL Y REINA.

Á la hora en que M. de Breteuil había entrado en el cuarto del rey, M. de Charny había pedido una audiencia á la reina.

Esta se estaba vistiendo, y vió por el balcón de su retrete que daba sobre el terrado, á Charny que insistía por ser introducido á su presencia.

Antes que Charny hubiese siquiera terminado su petición, la reina dió orden para que le permitiesen entrar, cediendo en ello á la necesidad de su corazón, porque se decía que un amor puro é inmaterial como el suyo tenía derecho á penetrar á todas horas hasta en el palacio de las reinas.

Charny entró, tocó temblando la mano que la reina le tendía, y con ahogada voz exclamó :

— ¡ Ah ! señora, ¡ qué desgracia !

— ¡ En efecto ! ¿ qué tenéis ? exclamó á su vez la reina palideciendo de ver á su amigo tan pálido.

— Señora, ¿ sabéis lo que acabo de oír ? ¿ sabéis lo que dicen ? ¿ sabéis lo que quizás sabe ya el rey, ó lo que sabrá mañana ?

La reina se estremeció, pensando en aquella noche de castas delicias en que quizás unos ojos celosos y enemigos la habían visto en el parque de Versalles con Charny.

— ¡ Hablad, hablad ! Yo soy fuerte, respondió aplicando una mano sobre su corazón.

— Señora, dicen que habéis comprado un collar á Bohmer y Bossange.

— Sí, pero lo he devuelto, replicó con viveza.

— Dignaos escuchar ; dicen que habéis fingido devolverlo, que contabais poder pagarlo, que el rey os lo ha impedido rehusando firmar un vale de M. de Calonne ; que entonces os habéis dirigido á alguna persona para hallar dinero, y que esa persona es... vuestro amante.

— ¡ Oh ! exclamó la reina con un impulso de confianza sublime. ¡ Vos, caballero, permitís que digan eso ! El título de amante no es para ellos una injuria tan dulce de lanzar cuanto el título de amigo es una dulce verdad consagrada de hoy más entre nosotros dos.

Charny se detuvo, confundido por esa varonil y fecunda elocuencia que se desprende del amor verdadero, como el perfume esencial del corazón de toda mujer generosa.

Por el corto tiempo que él tardó en responder, aumentó la inquietud de la reina, quien exclamó :

— ¿ De qué queréis hablar, M. de Charny ? Porque la calumnia tiene un lenguaje que yo no comprendo jamás. ¿ Por ventura vos lo habéis comprendido ?

— Señora, dignaos escucharme con mucha atención, pues las circunstancias son graves. Ayer fui con mi tío M.

de Suffrén á casa de los joyeros de palacio, Boëmer y Bossange, pues mi tío ha traído algunos diamantes de la India. Estando allí se habló de todo y de todos. Los joyeros contaron al señor bailío una espantosa historia comentada por los enemigos de V. M... Señora, estoy desesperado... si vos habéis comprado el collar, decídmelo; y si no lo habéis pagado, decídmelo también, pero no me dejéis creer que M. de Rohán lo ha pagado por vos.

— ¡M. de Rohán! exclamó la reina.

— Sí, M. de Rohán, el que pasa por el amante de la reina, el que presta dinero á la reina, el que un desgraciado á quien llaman Charny ha visto en el parque de Versailles sonriendo á la reina, arrodillándose ante la reina, besando la mano de la reina; el que...

— ¡Caballero, exclamó María Antonieta, si creéis esas cosas cuando yo no estoy presente, es porque no me amáis cuando lo estoy!

— ¡Oh! replicó el joven; hay un peligro inminente, y no vengo á pedir os mi franqueza ni valor; sólo vengo á suplicaros me hagáis un favor.

— Primeramente, ¿cuál es el peligro? si gustáis decirme, repuso la reina.

— ¡El peligro! señora, insensato es quien no lo adivina. El cardenal, respondiendo por la reina, pagando por ella, pierde á la reina. Aquí no os hablo del mortal pesar que puede causar á Charny una confianza como la que os inspira M. de Rohán, no, muere uno, pero no se queja.

— ¡Estáis loco! dijo María Antonieta con cólera.

— Yo no estoy loco, pero vos sois desgraciada, estáis perdida. Yo os he visto... en el parque... Bien... os lo había dicho. Os digo, que no me había equivocado... Hoy ha es-

tallado la horrible, la mortal verdad.. En estos momentos M. de Rohán se jaeta quizás...

La reina agarró el brazo de Charny, repitió con indecible angustia:

— ¡Loco, loco!.. Creed en el odio, creed en las sombras, creed en lo imposible; pero ¡por Dios santo! después de lo que os he dicho, no me creáis culpable.. ¡Culpable! Esta palabra me haría arrojar me á una hoguera.. ¡Culpable.. con!.. ¡Yo que jamás he pensado en vos sin pedir á Dios me perdonase este solo pensamiento que yo llamaba un crimen! ¡Oh! caballero Charny, si no queréis que yo me pierda hoy, y mañana esté muerta, no me digáis nunca que sospecháis de mí, ó bien huid tan lejos que no oigáis siquiera el ruido de mi caída en el momento de mi muerte.

Olivier se retorcía las manos con la mayor aflicción.

— Escuchadme, dijo, si queréis que os haga un servicio eficaz.

— ¡Un servicio de vos! exclamó la reina, ¡de vos, más cruel que mis enemigos.. porque ellos no hacen más que acusarme, mientras que vos sospecháis de mí! ¡Un servicio de parte de un hombre que me desprecia! ¡Jamás, caballero, jamás!

Olivier se acercó, tomó en sus manos la de la reina y dijo:

— Ya veréis que no soy un hombre que gime y llora; los momentos son preciosos; esta noche sería demasiado tarde para lo que nos queda que hacer. ¿Queréis salvarme de la desesperación salvándoos del oprobio?

— ¡Caballero!

— ¡Oh! no mediré mis palabras en presencia de la muerte. Os digo que si no me escucháis, ambos estaremos muertos esta noche, vos de vergüenza, y yo de haberos

visto morir. ¡ Derechos al enemigo, señora, como en nuestras batallas ! ¡ Derechos al peligro, derechos á la muerte ! Marchemos á ella juntos, yo como obscuro soldado, en mi fila, pero valiente ; vos con la majestad, con la fuerza, á lo más encarnizado de la pelea. Si sucumbís en ella, no sucumbiréis sola. Escuchad, señora ; ved en mí un hermano.. ¿ tenéis necesidad.. de dinero para.. pagar ese collar ?

— ¿ Yo ?

— No lo neguéis.

— Os digo que...

— No digáis que no tenéis el collar

— Os juro...

— No juréis si queréis que yo os ame aún.

— ¡ Olivier !

— Un medio os queda de salvar vuestro honor a la par que mi amor. El collar vale un millón seiscientas mil libras, de las que habéis pagado doscientas mil. Aquí tenéis millón y medio, tomadlo.

— ¿ Qué es eso ?

— No miréis, tomad y pagad.

— ¡ Vuestros bienes vendidos, vuestras tierras vendidas por mí y saldadas ! ¡ Olivier, vos os despojáis por mí ! Tenéis un corazón bondadoso y noble y no esquivaré ya las confesiones á un amor semejante. ¡ Olivier, os amo !

— Aceptad.

— ¡ No ; pero os amo !

— ¿ Conque pagará M. de Rohán ? Reflexionadlo bien, señora ; eso no es ya de vuestra parte una generosidad, sino una crueldad que me abruma. ¿ Vos aceptáis del cardenal ?

— ¿ Yo aceptar del cardenal ? ¡ No digáis eso, caballero

Charny ! Yo soy la reina, y si doy á mis súbditos amor ó fortuna, no acepto jamás.

— Entonces ¿ qué vais á hacer ?

— Vos sois el que va á dictarme mi conducta. ¿ Qué decís que cree M. de Rohán ?

— Cree que vos sois su amante.

— Sois cruel, Olivier.

— Yo hablo como se habla en presencia de la muerte.

— ¿ Qué decís que creen los joyeros ?

— Que si no puede pagar la reina, pagará por ella M. de Rohán.

— ¿ Qué decís que cree el público respecto del collar ?

— Que vos lo tenéis, que lo habéis ocultado, y que sólo lo confesaréis cuando esté pagado, ya por el cardenal por el amor que os profesa, ó ya por el rey temiendo el escándalo.

— Bien ; y vos, Charny, á vuestra vez, os miro cara á cara, y os pregunto : ¿ qué pensáis de las escenas que habéis presenciado en el parque de Versalles ?

— Creo, señora, que tenéis necesidad de probarme vuestra inocencia, replicó enérgicamente el digno caballero.

La reina se limpió el sudor que corría de su frente.

— ¡ El príncipe Luis, cardenal de Rohán, capellán mayor de Francia ! gritó un ujier en el corredor.

— ¡ El ! murmuró Charny.

— ¡ Estáis servido á medida de vuestro deseo ! dijo la reina.

— ¿ Vais á recibirlo ?

— Iba á mandar llamarlo.

— Pero, yo...

— Entrad en mi retrete y dejad la puerta entreabierta para oír bien.

— ¡ Señora !

— ¡ Pronto, entrad pronto, que llega el cardenal !

Y empujó á Charny hacia el gabinete que le había indicado, entornó la puerta como convenía, y mandó que entrase el cardenal.

M. de Rohán se presentó en el umbral de la cámara, en un traje brillante. Detrás de él se mantenía á distancia una comitiva numerosa, cuyos hábitos brillaban como el de su prelado.

Entre aquella comitiva se podía percibir á Bœhmer y Bossange algo embarazados con sus trajes de ceremonia.

La reina se fué derecha al cardenal, con una sonrisa que expiró al punto en sus labios.

Luis de Rohán estaba serio, y hasta triste; tenía la calma del hombre animoso que marcha al combate, y la amenaza imperceptible del sacerdote que puede tener que perdonar.

La reina le mostró un taburete, pero el cardenal permaneció en pie.

— Señora, dijo después de haberse inclinado temblando visiblemente, tenía muchas cosas importantes que comunicar á V. M., quien forma empeño en evitar mi presencia.

— ¿ Yo ? dijo la reina. Tan lejos estoy de evitar vuestra presencia, que iba á mandar llamaros.

El cardenal echó una mirada hacia el retrete.

— ¿ Estoy solo con V. M. ? dijo en voz baja. ¿ puedo hablar con toda libertad ?

— Con toda libertad, señor cardenal ; no temáis nada, estamos solos.

Y su voz firme parecía querer enviar sus palabras al caballero, oculto en el gabinete contiguo, gozándose con orgullo en su valor y en la seguridad de que iba á tener desde las primeras palabras á Charny muy atento.

El cardenal tomó su partido y aproximó su taburete al sillón de la reina de manera que estuviese lo más lejos posible de la puerta de dos hojas.

— Muchos preámbulos son esos, dijo la reina afectando jovialidad.

— Es que... dijo el cardenal.

— ¿ Qué ?.. repitió la reina.

— ¿ Que no vendrá el rey ? preguntó M. de Rohán.

— No tengáis miedo al rey ni á nadie, replicó María Antonieta.

— ¡ Eh ! á quien tengo miedo es a vos, dijo el cardenal, con voz conmovida.

— Razón más para no temer, pues que no soy muy temible ; hablad en pocas palabras y en voz alta é inteligible, pues me gusta la franqueza, y si andáis en miramientos creeré que no sois un hombre de honor. ¡ Oh ! no hay que hacer gestos... me han dicho que teniais quejas contra mí. Hablad ; me agrada la guerra, pues soy de una sangre que no se asusta. Sé que también vos lo sois. ¿ Qué tenéis que echarme en cara ?

El cardenal exhaló un suspiro y se levantó como para aspirar con más fuerza el aire del aposento. En fin, dueño de sí mismo, principió en estos términos :